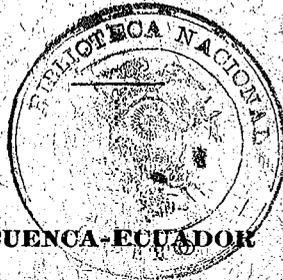


REMIGIO CRESPO TORAL

La Educación para la Economía

Conferencia de extensión Universitaria dada en
la Asociación de Empleados de Cuenca
el 9 de Marzo de 1932.



1932

Tip. de la Universidad.

cijarse en la comodidad y el placer, sino para la acción, la dinámica fecunda, correspondiente al prospecto de verdad de una existencia integral. El poeta, hasta en la senectud, no dió reposo al brazo, que trazando los caracteres sobre el papel, dictaba también la ordenación de la faena agraria en la campiña hereditaria de Milly. Modelo hermoso de concordia del espíritu y la naturaleza: el alma y el cuerpo de la especulación filosófica armonizados en el ritmo de energía y de belleza.

Desde la cumbre de la gobernación del Imperio Romano, dictó también Marco Aurelio las normas del esfuerzo total, en desarrollo de las facultades dirigidas a la consecución del bienestar, siguiendo la trayectoria de la virtud, en paralelismo austero y sereno de la fuerza y del orden, para llegar al fin. La vida se reduce así a peregrinación, a "la corta visita", que dijo el sabio de hoy, Einstein. El viaje ha de completarse con la arribada, y la corta visita, con la gentil despedida del huésped. Lo contrario vale tanto como deformación del movimiento y viaje sin derrotero ni término: la caída en el vacío.

El imperativo ético

No por lo expuesto, podrá creerse preferente el ministerio inferior de la energía. La jerarquía de las facultades señala la jerarquía de las funciones, y ninguna ha de excluir a las demás: antes bien, han de coordinarse, en ajuste y consubstancia que fortifiquen la unidad del conjunto.

Tres órdenes circunscriben la actividad humana: el espiritual que deriva en la moral con trascendencia a la inmortalidad; el de la belleza para deleite de la percepción de la armonía de los seres y las cosas; y el de la economía encaminada a satisfacer las legítimas necesidades y aspiraciones del individuo y de la especie. La humanidad presenta el complicado panorama de la historia, para demostración de que la corriente civilizadora, aunque compleja, se ha desarrollado en correspondencia a las diversas finalidades del espíritu y la voluntad, del alma y de la materia, de la inmortalidad y de la vida.

Base y fundamento de toda construcción la virtud, la reglamentación de la conducta, la ordenanza de vivir para morir y de morir para vivir otra vez. De ello procede la ley religiosa, sin cuya superioridad y sanción no es posible progreso alguno, que se enderece por cauces definidos, en potencia de posible perfección.

El Cristianismo presenta el modelo perenne en la perso-

na de Jesús el Santo, el Hombre, el Dios. En su actividad se adunan el encumbramiento estético y el trabajo manual, el encanto de la naturaleza y la gracia del espíritu. Vedlo en la labor ordinaria, en los enterramientos y en las bodas, en la cura del enfermo y en las fiestas rituales, ya en las faenas de la pesca, la siembra y la recolección como en la predicación de la vida perfecta, ya en las elevaciones extáticas, en la transfiguración, en los ritos del misterio.

Algo como demencia importaría dislocar la humana naturaleza reduciéndola a sólo la actividad, que pudiera llamarse animal, sin radicarla en la dirección del entendimiento ni darle el barniz de hermosura que constituye el atractivo de la obra, para amarla y provocar el redoblado esfuerzo de proseguirla. El concierto de las facultades y su ordenación constituyen la admirable unidad de las acciones para aplicación de todas las fuerzas, concordándolas jerárquicamente, en adaptación a los fines diversos de la naturaleza, fines que se desenvuelven, no en forma dislocada sino en subordinación, que tiene de útil lo que posee de hermosa. El mundo moral, más bien que el físico, evoluciona según las leyes de armonía que se adecúan al pensamiento creador, que disponiendo el cosmos, no pudo jamás entregar a la anarquía el microcosmos, pequeño mundo del alma, tan vasto y convulso como onda eléctrica, fecunda, veloz e inasequible.

Un gran sabio español —Ramón y Cajal—expresó, poéticamente, cómo debe conciliarse el cerebro y el brazo en la obra— creación humana: «manos en los que tienen alas, y alas en los que tienen manos».

El mismo Einstein, desde el fondo de su escepticismo, acaba de decirnos: “Los ideales que siempre han resplandecido ante mí, llenándome con la alegría del vivir son el bien, la belleza y la verdad. Jamás he estimado como meta de la vida el *comfort* y el placer. Una ética construida sobre esta base sería propia únicamente de un hato de ganado”.

La vida social o individual han de acomodarse a un programa. No somos piedra arrojada al acaso, ni paja que arrebatada el viento, sin ley directriz, ni finalidad. La volición se rige por la libertad, que no es atajo, sino real sendero; régimen, nunca rebeldía: itinerario y travesía con aguja de marear.

Educación vocacional

El hombre nace con la predisposición que de su naturaleza

procede. Los filósofos cristianos han ponderado ampliamente el problema de la inclinación natural del sér pensante y volente para el problema de su destino: la adecuación de las operaciones a la actividad de cada cual, la dedicación específica de la máquina humana a determinadas actividades. Es el estudio que los maestros de la vida espiritual y los pedagogos de la acción han examinado, llegando a las soluciones de un plan de vivir, conforme al criterio racional, en las múltiples fases de la operación que se completan en la inmortalidad - vértice de todos los ángulos de convergencia de la vida.

La espontaneidad natural señala el destino de cada persona. El individuo es un utensilio preferentemente dedicado a una labor: las desigualdades de la formación se traducen en la multiplicación de los oficios. No hay en la humanidad seres aptos para toda labor, con igual intensidad y eficiencia. De ahí la necesidad de acomodar el esfuerzo a la condición personal, a no incurrir en errores que conducen al fracaso. Mucho podría aprenderse de los escritores ascéticos en este punto de la vocación; es decir, de la aptitud de cada uno para una u otra de las funciones, no sólo en el orden espiritual y moral, sino en las distribuciones de la faena corpórea. El programa vital resulta uniforme, en aplicación a todas las agrupaciones y a todos los hombres, a los lineamientos trascendentales. Pocos, en verdad, los números de programa general del trabajo y del plan de la existencia. La diversidad de los caracteres, la dispersión de la energía, la multiplicidad de las aficiones imponen la división del esfuerzo y su ordenamiento, conducentes a la armonía y equilibrio del progreso. La educación definitiva no se reduzca a la de un solo aspecto de la actividad. Se ha de insistir en el estudio previo de la tendencia natural, lo que los instructores de verdad debían llamar dirección vocacional. El utensilio posee destinación propia, y la vocación -no palabra vana- es estado psicológico que se traduce en la enseñanza respectiva, a fin de que el sujeto emplee la fuerza orgánica y psíquica, con las que fue creado, sin desviar ni estropear la estructura corpórea y mental: algo de la *predeterminación física* que sutilmente se ingiere en la libertad. Un pueblo educado debidamente ejerce las actividades, de manera viril y concorde, sin desvío ni vacilación. De otra suerte, el error de la enseñanza derivará en degeneración de unos órganos sociales en daño de otros, alterándose el empuje dinámico, produciéndose la limitación de la cultura, de suyo expansiva, en daño de su solidez y extensión. Lo anterior ex-

plica la necesidad de los expertos de la educación y la importancia de la pedagogía, incipiente por desgracia.

Educación integral

La educación no significa deporte de espiritualidad, juego de artificio, afeite de bien parecer, sino preparación metódica, presupuesto de vida, estreno para la carrera, disciplina de trabajo, marcha hacia la meta, perfeccionamiento de la humana estructura, correlación de la energía con las urgencias de la necesidad. Y para complemento, la extensión dinámica en trascendencia al bien de los demás, para realidad de este ministerio del ejemplo y complemento de la jornada más allá de lo presente, en la eternidad—última playa de los que “no en vano han recibido el alma”, como se lee en el Libro de los Salmos. Esa deuda del alma alguien nos la cobrará.

Bien puede decirse que todo desastre, ya personal, ya popular, se explican por errores o equivocaciones educacionales. Hemos de prepararnos, en el consorcio social, en forma íntegra y expansiva, distribuyendo la labor, para la interdependencia de los elementos económicos. Educarse para esterilidad sin consideración al bienestar, vale tanto como romper la máquina humana, que no debe paralizarse jamás. No hemos de ir adelante, empujados, sino disputando el galardón en la marcha, procurando el ascenso merecido; pues el que no sube, al cabo baja, y el que vuelve los ojos atrás pierde la carrera, tal como se lee en el Evangelio de salud.

La miseria no es siquiera suplicio que merezca premio, sino resultado de inercia, de la culpa, de la anulación. La pereza, pecado máximo: he ahí el seno en que se incuba la miseria. Ella obedece a desviaciones de la educación, que se traducen en el hábito, es decir, en la parálisis. La máquina que no se mueve se orinece y el propio orin la destruye. Y la miseria engendra la putrefacción de las costumbres. El agua estancada se corrompe y alimenta el miasma y la ponzoña. (1)

(1) En un bello libro de estudios coloniales,—*Cárcano*, Primeras luchas entre la Iglesia y el Estado....—se anota la influencia funesta de la inopia en las costumbres. “La miseria es una fuerza negativa incontestable. Relaja todas las virtudes y quebranta las energías. Su influencia fue profunda y deplorable en la sociedad colonial. Perturbó los principios morales y depravó las costumbres; hizo sde la corrupción una situación normal”.

No se trata de la invalidez. Esta impone al Estado y a los ciudadanos el deber de repararla, de favorecerla con las delicadezas de la caridad y las diligencias de la justicia social. La miseria procede casi siempre de invalidez voluntaria y de la holganza punible. No hay, excepto el inválido, persona y factor inútil en la máquina del universo.

Casi todos los males privados y públicos obedecen a un defecto de la educación nacional, a la falta de distribución y acotamiento de sus diversas dependencias, a la enseñanza restringida que produce el estancamiento, por exceso o por defecto: exceso de factores en una rama del trabajo, y falta o deficiencia en otras. Tal desconcierto obedece a falta de régimen y de técnica.

La educación armónica, proporcional, sabia, prudente, utiliza las facultades y consulta los diversos menesteres, para totalizar la cultura en método integral que utilice todas las fuerzas y satisfaga todas las urgencias—las del momento y las de reserva del porvenir.

La sociedad, los semejantes no podrán, sin desafuero y abuso, impedir nuestro perfeccionamiento y preparación para obtenerlo. El consorcio civil obligado está a proporcionar a sus miembros los medios de prosperidad y la realización del fin individual, que se completa en el social.

Andrés Siegfried, en el reciente libro *Los Estados Unidos de hoy*, escribe:

“Se han llevado lejos los ensayos de adaptación del personal a sus funciones. El sistema de *tests* (examen de aptitud, de inteligencia), invención francesa de los doctores Bined y Simón, cuyo uso subordinase prudentemente a la interpretación inteligente del examinador, ha sido adoptado en América con una especie de monomanía. En las escuelas, en las universidades, en las fábricas, en los almacenes, el sistema se considera cada vez más susceptible de fijar, automática y decisivamente, las posibilidades de cada uno. . . . Se trata de un modo mecánico consignado en la hoja personal de servicios, en algo como la ficha policiaca. . . . De esta suerte, se decidirá si un individuo ha de dedicarse a las funciones de artista, de contador, o de mozo de cordel. . . . Actualmente, gran número de empresas poseen su psicólogo, encargado de estudiar y medir las aptitudes. Se opina que ésta es la tentativa de mayores consecuencias de la humanidad civilizada, para clasificar racionalmente la distribución de las profesiones y los oficios, las capacidades y las vocaciones”.

Es un diagnóstico de sanos, un examen eugénico, la técnica predeterminante de la enseñanza y de la educación.

A tal procedimiento debe añadirse el de la extensión cooperativa de la educación profesional, para dispersarla y acomodarla a las distintas exigencias y modalidades. También se la practica ampliamente en los Estados Unidos. Los escolares, desde los quince años adelante, distribuyen el tiempo, entre el centro educativo propio y los talleres, fábricas y oficinas, donde extienden la instrucción, adquieren la técnica y desarrollan las peculiaridades de cada cual. Fábricas, oficinas o talleres aceptan satisfactoriamente a los nuevos aprendices, que al cabo reciben también la remuneración de su trabajo. De esta manera, la enseñanza económica completa la primaria y fundamental, sin menoscabo de los altos estudios ni menosprecio de la práctica desinteresada del espíritu y del arte.

La independencia personal

Ante todo, la educación eficaz y completa procura la dignidad del hombre, la independencia personal, la libertad verdadera, que triunfa de los agentes naturales y logra la justicia contra las afechanzas del abuso y las complicaciones de la vida de relación.

El divino viajero de ultratumba, Dante, compadecía al que come el pan y la sal de un señor, y para ello pasa y repasa la escalera ajena:

*Tu poveray si come sa di sale
lo pane altrui, e come e duro calle,
lo scendere e' l salir per e' altrui scále.*

(Parad. CXVII).

Hay una altivez natural superior a muchas legítimas soberbias, para la que la dignidad del trabajo y la nobleza del recto albedrío importan tanto como la existencia. Nada significa la limitación de la pobreza al señor de una cabaña, bajo cuyo techo puede él conservar imperio sobre los suyos y la posesión entera del dominio. Este regio atributo de las almas comprende un elemento de grandeza moral, que ilustra a la especie, conservando en ella el rastro de la Divina hechura.

“Venturoso—exclamó el rey de las letras españolas—a-

quel a quien el Cielo da un pedazo de pan, sin que tenga que agradecerse sino al mismo Cielo". Al exclamar así, sentiría Cervantes la humillación que padeció al recorrer los pórticos de los palacios, con un manuscrito a la mano, en demanda de una limosna para regalar a la humanidad la maravilla de sus libros. No había llegado aún el día en que el *Quijote* pudiera abrumar a su autor con la prodigalidad de unos millones. La fortuna—no hermana de la justicia—la traiciona, tantas veces.

Quien puede obrar en cualquier orden de los oficios de la economía, no padecerá la mengua de extender, en demanda de limosna, inerte la mano que puede empuñar el noble instrumento del trabajo. Así, todo humano ser pueda decir gallardamente con el caballero Don Francisco de Quevedo:

"Quiero pedirme a mí que a nadie pida,
primero que pedir a nadie nada".

Es el programa de una vida de honor, de fortaleza, de comprensión del propio destino y de la postura que nos cabe en la comunidad, para dar ejemplo a los demás y educar la voluntad.

La previsión de complicados accidentes, el cálculo de las actividades, la orientación de la conducta, la moderación de los gastos, un presupuesto de virtud, las reservas del ahorro, la conservación de la máquina humana mediante la higiene y la honestidad: he ahí todo un plan para ser y poder en la economía. Nada más desastroso que convertirse en factor impotente, pieza sin colocación en el dinamismo social, y que nos sorprendan, por culpa nuestra, el terror, el vacío de los medios de subsistencia, que nos arranque el grito de Rabelais:

Falta de dinero sin igual dolor,
"Fante d' argent e' est douleur non pareille".

Grito de desesperación en hogares y pueblos, sonido de trompeta apocalíptica en la mancomunidad internacional.....

La independencia familiar

En la familia, la organización económica crea la prosperidad y el haber doméstico. En la casa, la distribución de la faena produce la ventura de aquel pequeño Estado, en que el padre dirige y administra, la madre desempeña el gobierno in-

terior y la policía de la casa y los hijos preparan el porvenir y se adiestran en las funciones que han de traducirse en la riqueza para el bienestar.

La civilización ha traído, con el llamado humanitarismo, la descomposición de la economía doméstica. Desde la más remota antigüedad, en torno al hogar era el taller, y se aprovechaban las diversas aptitudes para completar el presupuesto del trabajo y el presupuesto de las necesidades. Producir algo: he ahí el programa de cada uno de los componentes del grupo familiar. Sin perjuicio de las indispensables recreaciones, la actividad ha de ejercitarse en el provecho personal tanto como en el común, porque la economía importa por lo menos la media parte de la cultura.

Encantadoras las labores en la comunidad patriarcal de pastores y labriegos, en que todos sirven a todos, el señor igual al siervo. Para el trabajo no existían clases en la nación hebrea; y los de linaje real como los simples granjeros habían de operar juntos en el taller, en la pesca, en la faena agraria, en el viaje de las caravanas.

Los reyes de las monarquías griegas trabajaban en compañía de los esclavos. En la *Odisea*, se admira el cuadro seductor de la esposa del príncipe, la que trama la tela para el señor, muele el grano, cuece el pan y adereza la cena, en la feliz Itaca del sencillo y discreto Ulises. El ocio en los palacios había de venir después con los tiranos.

Un hogar bien constituido, a medida que crece y se multiplica, significa factor económico que ha de organizarse y distribuir las tareas, en satisfacción de las necesidades, formando el haber familiar, cuyas prolongaciones se extienden al futuro remoto, en beneficio de la familia humana, cuyos haberes totalizados constituyen el acervo de la civilización universal.

¡Cuán feliz la casa en que sus componentes dedican la energía personal, según las propias aficiones y en provecho del grupo! Bajo el régimen de la autoridad paterna, se ejercitan los rudimentos básicos de la educación, la sanidad de las costumbres, la templanza, la sobriedad, el orden. La superioridad intelectual toma puesto, la inclinación a los negocios ocupa el suyo, la oficina de comprobación corre a cargo del más experto, la manufactura—oficio de todos—en logro de dineros para la casa, y que no salgan de ella, sino en la cuota estrictamente relativa a las adquisiciones de afuera, la escuela doméstica va de cuenta del que asume el magisterio; las labores del campo, del jardín, de las industrias minúsculas de la aguja, del telar,

de la rueca, las prefiere la mujer, y las más recias y de responsabilidad el elemento masculino: todo ello en concordia, en ordenanza de paz y seguridad, bajo el discreto mando paternal y con la intervención suave y eficaz de la madre, que da el detalle de delicadeza en el trabajo. He ahí la familia, formada para el bienestar en el viaje del tiempo y para el gran viaje de la eternidad—la casa grande de todos, donde serán las recompensas y las igualaciones.

¡Malditos los que dispersan los componentes de la familia, para arrojarla en el desierto humano del cosmopolitismo, reduciéndola a puñado de partículas sociales, cuya efímera interdependencia se descompone y desaparece en la versatilidad de ficticias relaciones y acomodados!

Quienes desconciertan el compuesto familiar, base del tesoro público, atentan contra el progreso, reduciéndolo al vértigo de la caída. Miseria, la mayor degeneración, trocar el hogar con la calle y los caminos, sin saber a donde conducen éstos. Se descompone la humanidad en los átomos que se esparcen al capricho de contrarios vientos, para dispersión de bacterias de degeneración.

Independencia de los grupos

Prolongación de la familia, desarrollo de ella—la ciudad; y la política, para resultar buena y honesta, ha de fundarse en los antecedentes familiares.

Históricamente, la reunión de familias, el clan, la tribu, forman el Estado incipiente. Y este pequeño Estado que subsiste dentro de la Nación, es la comuna, la agrupación en territorio determinado por precedentes históricos y jurídicos.

Cualquiera que sea la organización definitiva de un pueblo, no puede contradecir ella los fundamentos tradicionales, ni dispersar los conglomerados terrícolas y tribales. Tampoco se puede privarles de sus recursos, ni alterar la economía de sus funciones naturales. El grupo ha de proveer a las necesidades y administrar los fondos, sin que la superioridad estatal se convierta en obligado curador que administre los bienes de las comunidades inferiores, considerándolas menores de edad, incapaces de regencia y administración.

Sobre el cimiento de las comunas, así mismo por motivos de historia y de derecho, se han formado las regiones o comarcas, reconocidas por la nación como personalidades jurídicas y entidades preexistentes. Las comarcas, así mismo dentro de la

vida orgánica nacional, no pueden considerarse sin prerrogativas de gobierno y administración, para conservarse y desarrollarse, cultural y económicamente. No existe en realidad agrupación seccional sin tesoro propio, manejado por ella misma, con sólo vigilancia de la superioridad. La centralización económica significa algo como monopolio de la vida pública, atentado contra la historia, formación artificial que suprime la función orgánica para simplificarla, operación que se traduce en congestión sanguínea, y al cabo en la anulación.

Otra vez la exclamación de Cervantes: "¡Venturoso quien no deba el pansino a sí mismo y al favor del Cielo!" Las comunidades inferiores, dentro del Estado, no han de recibir como limosna de éste, los propios dineros. Ello importaría una forma de esclavitud, la que—tan detestada en los individuos—se mantiene aún sobre las regiones, bajo el régimen cesarista del dominio eminente y del imperialismo, que se pasea por el mundo desde las ciudades hasta las cabañas, creando rencores y resistencias, último malsano refugio de la justicia.

Independencia económica nacional

Si esto hemos dicho de las sociedades inferiores y subordinadas, ¿qué no afirmaremos de la Nación? Su independencia será tal, siempre que se mantenga en el terreno de la riqueza. País mediatizado por influencias foráneas que vive de prestado, que sigue en los negocios el ejemplo de superioridades internacionales, que mendiga dirección y maestrajo, vive en inferioridad y desventura que no se concilian con la libertad. La soberanía suya no radica en el hecho; subsiste en las cartas geográficas y en el catálogo de las naciones; pero aparte la documentación de aparato, la realidad confirma que esa soberanía se halla limitada por imposición de las potencias del dinero y de la fuerza. La Constitución, si declara la soberanía, no la puede afirmar ni sostener, en integridad y eficacia.

Una nación ha de educarse para vivir de su cuenta y riesgo, procurándose la autonomía económica, que constituye el verdadero poder soberano.

En este punto se advierte el origen de la pérdida de la personalidad nacional. El Estado imprevisor no ha observado las causas de su menor valimiento, la disminución de su capitalidad natural, debido ello a desaciertos en la enseñanza y en la orientación de las masas, con el objeto de equilibrar el

debe y el haber de las cuentas nacionales.

Aquí estamos nosotros—país nuevo—: la riqueza territorial en gran parte intacta, el subsuelo apenas laborado; y no podemos saldar las deudas de la importación. Podemos producir todo lo que produce el Globo; pero no estamos preparados ni educados para hacerlo en forma eficiente, de suerte que desafiamos la competencia en los mercados. Los accidentes súbitos, las calamidades que afectan a la producción nos sorprenden sin preparación alguna para resistencia y reajuste inmediato. Inexpertos, porque el Estado ha descuidado la especialización de la enseñanza, acudimos al experto forastero, que ignorante de las peculiaridades del mal, administra un remedio *estandarizado*, y casi siempre inaplicable.

Podemos, con las materias primas de la tierra, producir casi todo lo que importamos, sacrificando, en veces, los últimos dineros de la reserva. Las minas las hemos regulado a la codicia extranjera, y el oro de nuestros veneros va a engrosar el arsenal económico de las potencias imperialistas. Estas pobres naciones indolatinas, tuteladas, *controladas* por las superioridades internacionales, se debaten en la epilepsia. Apenas somos mercado que se disputan los tratantes ultramarinos. Gran parte del comercio llamado nacional se halla en manos de extraños, y la emigración de capitales a ello se debe en gran parte, lo propio que a la explotación libre y sin comprobación del capital extranjero, por ello privilegiado. Recordaba un eminente magistrado de Colombia, a propósito del imperio económico de la extranjería, estas acerbas frases del Sabio: "Gran desventura la de ser dueño de riquezas, y no saber aprovecharlas, sino antes consentir en que se las apropien y se las lleven los extranjeros"—(*Eclesiastés*, VI, 2—) (1)

Si las familias, las comunas y las provincias apenas son menores de edad en la economía presente, todavía son menos independientes las naciones que están cosechando el fruto de la imprevisión, ignorancia y esclavitud de su industria y su comercio. Atentos a la meteorología de zonas distantes, no les queda otra libertad que la de la resignación, si esta puede llamarse libertad.

La Nación no limita la existencia a unos cuantos años: éstos son para ella siglos. Y nunca es tarde, en la actuación nacional, para enderezar el rumbo, rectificando el procedimiento.

[1] Marco Fidel Suárez.—*Sueños*—t. VI.

Abarcando el panorama, no obstante la amplitud de la perspectiva, puede reducirse todo el plan de rectificación a lo siguiente: vivir por sí y para sí. Completa este sencillo plan aquel del poeta Lamartine: vivir y hacer feliz la vida de los nuestros; es decir, la localización, la nacionalización económica, la organización conforme a la naturaleza y la historia. Y para ello, educarnos valientemente, a fin de rivalizar con los más expertos de afuera y recuperar las posiciones perdidas, según los dictámenes de una política previsora de defensa, de seguridad y de avance.

Desconsuela observar que en los últimos años de la Colonia, comenzó ya a declinar el valiente empuje de la primera colonización española. Por más que se la calumnie, nadie negará que, a tiempo mismo de sujetar heroicamente estas tierras, España trajo a ellas toda la cultura de su tiempo, en la agricultura y sobre todo en la explotación de las minas. A fines del siglo XVIII, comenzó ya a decrecer el movimiento industrial, que antes se mantuvo a pesar de la conjuración de las naciones rivales, que lanzaron corsarios sobre las costas del Golfo Antillano y de la Tierra Firme. La guerra de la Independencia, en quince años de convulsión, consumó la ruina de industrias florecientes que vivían del intercambio local. Más tarde vendrían las naciones de los corsarios a lograr ciudadanía en los mercados indoamericanos, para trocar la tiranía comercial de la casa de contratación de Sevilla y de Cádiz con el monopolio y el despotismo del empréstito de los países anglo-sajones. "Hemos logrado la independencia a costa de los demás bienes", exclamó, en lúgubre declaración, el Libertador. La independencia política no iría paralelamente a la económica; y la esclavitud de la riqueza limitaría también la independencia política. En un siglo de amargas compensaciones, pudimos cosechar la siembra que por venganza dejó aquí el sembrador, que era la misma España, la que también—lo observó Bolívar—se había vengado, después de la derrota. Y la venganza continuó. Casi una mitad del territorio hispánico ha pasado a manos de ambiciosos vecinos; y un imperio republicano, con ínfulas de superioridad universal, preside nuestros destinos, ausculta los latidos de nuestro corazón y diagnostica nuestras dolencias: el enemigo dentro de las murallas—el caballo de Troya preñado de conquistadores.

Dirección anormal

Causa del profundo malestar de buena parte de estas re-

públicas débese a la desorientación de la enseñanza. Desarrollando ésta la fantasía y una enferma sentimentalidad, esparce el germen de la política febril, forma un falso ideal de engrandecimiento y empuja a las multitudes escolares al servicio efímero de las letras y en pos del Gobierno. Así es como, a raíz de la emancipación, en vez de una generación sobria en los anhelos, agricultora, industrial, comerciante y por ello pacífica, nos encontramos con retóricos de la cosa pública, y militares que trocaron la espada con el bastón de mando. Generación de sofistas, de improvisadores de pronunciamiento, de griegos y romanos,—candidatos a morir de hambre o a disputarse el mendrugo cocido en las fogatas del campamento.

La malsana predilección artística, el desmedro de la riqueza hizo increpar malignamente al famoso Don Domingo Faustino Sarmiento a los poetas de su país, y eso que eran pocos: "Con el hacha en los campos, el poeta práctico hace una pastoral de un desierto inculto, e inventa pueblos y maravillas de la civilización, cuando del seno del bosque asoma su cabeza a la margen de un río aún no ocupado. Yo os disculpo, poetas argentinos. Vuestras endechas protestarán contra la suerte de nuestra patria. Haced versos y poblad el mar de seres fantásticos, porque las naves no vienen a turbar el terso espejo de sus aguas. Y mientras otros fecundan la tierra, y cruzan a vuestros ojos con naves cargadas el almo río, cantad vosotros como la cigarra, cantad sílabas, mientras los recién venidos cuentan los patacones...."

Una sociedad donde tales gentes prevalecían resultaba sociedad moribunda, sin visión al porvenir, sin pie en la economía ni constitución que resistiese al empuje de cualquier asonada.

La división del trabajo, para la producción integral y la realización del presupuesto de la vida pública, constituyen el equilibrio de ella, la armonía de las fuerzas y el afianzamiento de la paz. Allí donde el colegio absorbe la más sana energía, la balanza de las fuerzas se destruye, romperse la jerarquía del mérito y se produce la contienda, por el vacío que tal equivocación deja en el terreno social. Al taller los esclavos del trabajo manual, al campo los que no pueden ascender a las aulas, a la industria el desecho de la raza. Es de recordar que en no lejanos tiempos, a quien no podía acomodarse a las excelencias de la humanística, se le dedicaba a las matemáticas, sin advertir que llegan éstas hasta lo sublime, y que la mediocridad jamás puede arribar a aquellas cumbres. Hasta los

obreros, en algunas ciudades, en vez de perfeccionar la manufactura, se empeñaban en terciar en la alta política, con aspiración universitaria y dedicación en veces a la clerocala; todo ello en daño de la dignidad del taller, de su eficiencia en el progreso nacional y de su porvenir en el de la humanidad. Multiplicada la profesión llamada liberal, sin asiento para tantos en el banquete de la ganancia, disputado el pan de la profesión a dentellada limpia, los residuos de aquella desocupación pasaban a engrosar las filas de los facciosos, de los merodeadores de subsuelo en la usura y en las artes menores de mal vivir. De esa masa surgían el virus revolucionario y la ratería política. Así es como, en vez de ganar con la enseñanza, perdíamos industriales, artistas y artesanos, y transformábamos al campesino en miembro secundario de la urbanidad.

De esta equivocación escolar proceden la epidemia de la política, la sugestión irresistible de élla, considerándola medio y camino único de celebridad y provecho. Y de este mal se iba derechamente a la burocracia, a la pasión por el empleo, a cargo del Fisco, a quien se sirve con más comodidad y menos trabajo. A este propósito, recordaré estas palabras de Carlos Pereira, el magnífico historiador mejicano: "Todos los remedios que se han propuesto para curar la dolencia radical de la política americana, fracasan y fracasarán indefectiblemente, ante esta consideración: cerca de un cuarto de millón de individuos viven de la política bajo el sistema jacksoniano, que considera los empleos públicos como despojo del vencedor, y que sin freno alguno... permite que el burócrata se venda por buen precio... a los interesados en quebrantar las leyes".

Curioso que, no obstante las desigualdades y deficiencias del magisterio, la ciencia y el arte de gobernar—de suyo difícilísimos, se los crea al alcance de cualquiera que se improvise parlamentario, oficinista, técnico de hacienda, jefe de Estado, ministro, diplomático. De esta suerte, se democratizan las más altas operaciones del régimen de los pueblos, entregándolas a discreción de los audaces, de los mediocres, del asalto, del arribismo. Así, para tan respetables ministerios, nadie se cree incompetente: bástale la ciudadanía o el empuje revolucionario.

Y para agravar el conflicto se ha creado la estabilización burocrática mediante las pensiones vitalicias, lo que ha multiplicado la penuria presupuestaria y el alza de los cargos públicos en la bolsa patética.

Hemos venido a esta anomalía matadora, a la de un so-

cialismo de Estado, mediante la incorporación de buena parte de la ciudadanía en las dependencias de Gobierno. Así es como a la juventud no se le muestra otra labor remuneradora que la del empleo. En buena hora lo procuren las capacidades, los técnicos de hacienda, de bufete y de cátedra. Pero dar cabida a la maniobra de lo que se llama palanca, o ascensor, sin examen de méritos ni más habilidad que la de percepción del sueldo, conduce quizás a la liquidación moral del país.

Procuremos, ante todo, ser empleados de nosotros mismos. En caso alguno, el hombre, por superior que se considere, puede prescindir de la labor humilde en servicio propio, hasta para no empequeñecer y avergonzar a los semejantes con los oficios de la servilidad. En lo posible hemos de considerarnos solitarios, en precisión de desempeñar todas las funciones. Un prócer del trabajo [1] decía con lucidez de criterio: "El único empleo a que aspirara, y que por desgracia no puedo obtenerlo, es la mayordomía de mi hacienda". A lo menos en parte, podemos lograrla, siendo menos señores y más diligentes.

Vincular la suerte de los ciudadanos a las oficinas del Estado resulta hoy magna calamidad, y a seguir así la función política, se abrirán las puertas a más funesta desorganización; pues a ningún grupo, a ningún individuo les parecerá justo que se les cierre la entrada a los despachos de gobierno, para tomar puesto y firmeza en ellos. Antes, no hace más de treinta años, a que la mayor parte de los ministerios públicos se estimaban pesada carga; y a lo menos en los gobiernos de provincia, un empleo oficial significaba negocio a pura pérdida; y en cuanto a muchos servicios, sobre todo a los de soldado, ellos no se compadecían sino con la recluta forzosa, a pesar de la garantía constitucional en contrario. Hoy, por lo general, la política ha llegado a la realidad de la escuela mal llamada espiritualista: así mal llamada, pues considera la política como una de tantas industrias: la industria del Gobierno, la de legislar, la industria de la justicia, la militar, la de policía, la sacerdotal. Los honorarios ya no existen, son sueldos; y los civiles, soldados. Bien sabéis que la palabra sueldo equivale a soldada, la paga del mercenario de armas. ¡Cómo las palabras van ennobleciéndose, en cambio de la bastardía de las acciones! . . . El progreso al revés.

[1] El Dr. Manuel Vega.

Programa de bienestar

Un programa educativo, privado, familiar y nacional puede formularse sintéticamente. Examinadas las necesidades del individuo, de los grupos y de la Nación, la distribución de los labores ha de ser tal, que cada uno, personal o socialmente, satisfaga las exigencias de la vida presente, acumulando las reservas del porvenir y edificando la prosperidad de todos.

Observado el territorio y sus posibilidades, ha de formarse el trabajador, con objeto de extraer de los elementos naturales la mayor cuota posible de bienes, con que atender a la subsistencia y preparar el futuro de la colectividad.

La uniformidad de la producción, a que se reduce casi siempre la rutina, procede de una actividad anormal, sin invención ni adaptación al tiempo y a las nuevas energías que nos proporciona la materia y nos van sorprendiendo diariamente, con la renovación y el avance en rutas antes desconocidas. La ciencia va descubriendo otros horizontes, no sospechados antes, y los descubrimientos importan transformaciones económicas, cuya rapidez es hoy vertiginosa. El verdadero profesional ha de hallarse preparado a todos los cambios y emergencias que producen industrias y maneras de producir y de vivir que dejan muy atrás las de ayer, las de la víspera. El sol de mañana, ese nuestro sol.

"En América, es más fácil llegar a rico, creando o produciendo una nueva riqueza, que procurando apropiarse de la existente". (*A. Siegfried*)— El economista no se guía por el instinto, limitado, a tarea uniforme, sino que domina, muda de estrategia y con inventos y novedades, se aventura en el mundo comercial, corrigiendo la producción consuetudinaria y llenando los yacimientos que dejan las industrias muertas.

Y para ser, valer y arribar, ante todo y sobre todo —la fortaleza,— la fortaleza moral que lucha contra la adversidad contra las crisis, las mudanzas y las sorpresas de la economía, que cada instante se multiplican, para probar nuestra resistencia.

Otro capítulo: la observación psicológica del medio en que nos desarrollamos, de sus singularidades de excelencia o defecto, a fin de captar del compuesto propio la sustancia vital, incrementarla y enderezarla, prefiriendo siempre el dato directo y seguro al falible e incierto de la comparación y la imitación, propios de la pereza de quienes copian planes y construcciones ideológicas procedentes de pueblos cuya índole difiere de la nuestra sustancialmente, por motivos raciales, de educación,

de ambiente, de idiosincracia.

No se diga que tal programa se divorcie totalmente de la observación del progreso foráneo, para el objeto de incorporarlo en lo que se acomode a las singularidades del país. Pero el trasplante tenga eficacia, no solamente por la fecundidad de la semilla, sino por la del terreno; con lo que se ha de crear especies nuevas: una hibridación, nó para mengua del progreso, sino para incremento y proliferación.

Y el procedimiento sea dentro de la cooperación, no únicamente la de individuos, sino la de los núcleos sociales, para completarse en la república, con trascendencia final al bien de la humanidad. Los pueblos constituyen, más que una mancomunidad intelectual y moral, un cuerpo inmenso para la vida económica, cuyos conflictos repercuten en todo el planeta, con precisión desastrosa, que demanda la prudente cautela en todos los sectores de la producción y el consumo.

Previsión económica

Estúdiense el cuadro de nuestros menesteres, tráigase a la vista la nomenclatura de las importaciones y estúdiense la manera eficaz de reducir nuestras compras al extranjero, estableciendo en el país las manufacturas similares, sobre todo las que utilizan las materias primas de nuestro suelo. Mengua resulta que los industriales extranjeros nos devuelvan nuestras exportaciones en bruto, industrializadas en términos de indemnizarse aquellas, doblemente a lo menos, de los pagos de nuestras ventas, que significan algo como armas que damos a los forasteros, a que inutilicen la economía nacional.

Triste observar que la única industria floreciente es la del préstamo a interés. El capital que podrían improvisar las industrias fabriles, se convierte en metal derretido para quemar las entrañas de las víctimas de la usura. Y esos capitales, conforme al activismo de Euken y James, pudieran crear nuevos pequeños mundos y descubrir horizontes y dar intensidad y grandeza a la Nación, sin que se conviertan en verdugos de la humanidad, que no otra cosa son esos hijos y padres de la pereza que emplean el dinero en la opresión prestataria, con preferencia a la noble aventura de las empresas, que además de procurar el progreso, dan a nuestros semejantes la fecunda limosna de la ocupación.

Otra previsión: la de limitar a los términos convenientes el maquinismo, la suplantación de la máquina humana por los

complicados artificios de suplir la fuerza racional con la mecánica, que ahorra el trabajo y acaba por matarlo. Aquí, se me permita reproducir unas frases de otro estudio social. (1). "Ronán profetizó el triunfo de la ciencia, por la perfección de los procedimientos que ella debía aplicar a todas las industrias. Tendríamos, no muy tarde, supeditada la acción del brazo y del músculo por las múltiples invenciones de la maquinaria, que reduciría el trabajo a la condición más simple, la de tocar el resorte insignificante de un motor para desarrollar el movimiento: faena que apenas emplearía a unos pocos técnicos. La industria marchará adelante, a sustituir los productos vegetales y los minerales con el producto sintético: el salitre sintético, el caucho sintético, la seda vegetal. El ensueño de los alquimistas irá más lejos todavía, a la formación de los metales, de las piedras preciosas y al cabo de los elementos destinados a la alimentación. En esta forma, la ciencia habrá llegado a culminar en la gran victoria, que significa la tremenda derrota del trabajo, a la desocupación en un apocalipsis cuyas escenas de terror no pueden siquiera adivinarse. La máquina, invención del hombre, lo habrá casi eliminado. Del laboratorio habrá surgido el prodigio; pero éste tendrá los caracteres de la catástrofe. Multiplicados los inventos, simplificada la actividad, resulta que necesitaríamos menos hombres, para que estos pocos lograsen el bienestar debido a la humanidad entera".

"He aquí cómo la ciencia que nos empuja hacia nuevas fases de la civilización, al cabo será la destrucción y la muerte. Quizás, en previsión de tal eventualidad, dijo San Pablo: "Sed sabios, moderadamente. . . ."

No dispute la máquina al brazo la recompensa del trabajo, ni se altere la ordenación de la existencia. En las primeras páginas de la Biblia, consta el mandato dado al hombre de señorear la naturaleza y dominarla. El utensilio, el instrumento no ha de superar al que lo maneja, ni éste ha de quedar solo con la inteligencia y la dirección mental, paralizada la fuerza muscular—estatua inmóvil, símbolo de la fuerza ya vencida.

En el Azuay y para el Azuay

En esta tierra del Azuay, casi siempre ingratamente des-

(1) "Orillando el problema".

conocida; desde las fuentes prehistóricas y la corriente colonial, encontraréis la marcada inclinación a vivir por el esfuerzo propio—personal o colectivo— sin vincularlos a las intermitencias políticas, ni al factor oficial más duro e ingrato en ocasiones que las inclemencias de la naturaleza. Los indios cañares posearon el valor y la fuerza de agricultores y artesanos en todo el vasto Imperio Incaico. (1) *Mitimaes* en el Cuzco, auxiliares de la conquista española, guerreros en la primera lucha de conquista de estas tierras, ellos no han tenido más plan de vida que la de la independencia económica dentro de las relatividades de un suelo por lo general estéril, no favorecido por la normalidad de la meteorología.

Esto fijó su inclinación en las primitivas industrias del telar de que vivían, exportando a las lejanías los tocuyos. Los colonos españoles hubieron de seguir la misma ruta; y cuando nos llegó la República, resultó que la libertad en vez de acrecentar los oficios y la manufactura, sea por la absorción militarista o la ninguna protección gubernamental, nos trajo pérdida en la economía, más de lo que ganamos en la emancipación.... Cuando en este país pudo abrir los ojos la imprenta, sus primeras voces infantiles—las del Padre Maestro Solano—fueron las de la ciencia, de la observación del terreno, del clima, de las artes útiles y bellas y el intercambio, para un plan de educación total que pudiese fundamentar el porvenir, que al cabo es nuestra ciudad y nuestra patria definitivas, para cuya ciudadanía somos y vivimos.

Recuérdese que el Libertador, que pasó por todas estas tierras haciendo las justicias de la historia, para el Ecuador tuvo dos preferencias, que las consagró en sendos decretos de exaltación; para el héroe de Pichincha Abdón Calderón y para el artista e industrial indio, Gaspar Sangurina, uno y otros nativos de esta madre Cuenca, cuyos hijos ilustres no le sirven casi para la ventura regional. Ya en otras ocasiones, he recordado que la Universidad de Cuenca, según el decir y el pensar del patricio su primer Rector Don Benigno Malo, debía ser instituto popular, para enseñanza de altos estudios de artes y ciencias y para técnica industrial y de oficios. Después otros civilizadores que figuran también en la galería del Instituto, han procurado extender el radio de la enseñanza y abrir campo a

(1) Los cañares, gente valerosa, mucha, muy política, de buen talle y proporción. Herrera—Décadas, T. III.

tantas inteligencias, como aquí se van malogrando en las profesiones de proletariado, el proletariado intelectual, al que ni siquiera se le compadece por los que han monopolizado la defensa del pobre; reduciéndola a sólo los bajos fondos raciales o degenerados.

El que os dirige la palabra —y perdonad la antipática nota personal, que por desgracia está incorporada a nuestra pequeña historia— en todos los años de labor y sobre todo en los de magisterio y legislatura, ha instado con vehemencia sobre la extensión de la enseñanza en sus prolongaciones de técnica y profesional, comprensiva de las labores correspondientes a todas las aptitudes, limitando las tareas casi improductivas en que se tortura a la juventud para malograrla. Cuando fui incorporado como miembro honorario de la Facultad de Jurisprudencia de esta Universidad, en mi contestación al benemérito Decano, mi maestro el Doctor Manuel Coronel, tuve ocasión de insinuar con energía y viveza de intención y palabra, la necesidad de ampliar los estudios hacia la utilidad, para una política de bienestar privado y público. Después, al frente del Rectorado, con la cooperación de ilustrados Profesores, he pedido a gritos la enseñanza de ciencias de aplicación, hasta lograr la creación legislativa de una Escuela de Minas, tan necesaria en el territorio austral, donde nos están hablando las numerosas bocas de esas minas que abrieron los colonos y criollos españoles y que hoy están cerradas, por el mutismo de nuestra enseñanza. La Escuela de Minas resultó episodio de literatura presupuestaria, literatura que es una de las especialidades de la desdicha nuestra.

No obstante tales desengaños, a esta numerosa Sociedad a la que dirijo la palabra y que ha prosperado tan gallardamente en pocos años, vuelvo a repetir el viejo estribillo (dirélo así en baja poética), el de imperiosa necesidad de la educación técnica, vigorosamente económica, en las casas, en los grupos, en los centros educacionales, desde la escuela rural hasta la Universidad. (1)

(1) Nuestro país precedió a muchos de América en el empeño de preferencia de la educación científica y técnica. Fue García Moreno, quien hace más de sesenta años fundó la "Escuela Politécnica" y el "Protectorado", que subsiste en la actualidad, floreciente. En casi todas las provincias, en los gobiernos de Camaño hasta Cordero, se establecieron "Escuelas de Artes y Oficios", las que, en su mayor parte, han desaparecido. La de Cuenca, de procedencia municipal, fue incautada por el Gobierno y expoliada. Solamente el año pasado, se logró que se devolviese el inmueble al Municipio.

Recuerdo, con dulce emoción, los años de mi mocedad en que laboraba todo el día en el campo con la azada a lamano, por amor a la tierra y por el encanto de ver brotar en ellas las simientes arrojadas por el desinteresado sembrador, que en ellas vió sus primeros hijos. Recuerdo, así mismo, los cursos de colegial en que compartía las horas del aula con la faena de impresor. En mala hora, las curvas del mal ejemplo me alejaron del taller. Un día, conversando con el ex-Presidente de Colombia don Bartolomé Calvo, díjome el patricio redactor de LOS ANDES: «Hasta ayer he vivido como impresor, y nada me ha sido más grato que escribir dos veces: en el papel y en los tipos de imprenta».—Entonces el distinguido ciudadano desempeñaba la Plenipotencia de su patria en Quito.

Discutida y reconocida la excelencia del trabajo manual, de la formación técnica y de la amplia instrucción profesional, es justo insinuar algunos números de programa para la hora presente en nuestro país, a fin de adecuar la vida a su extensión y prolongación en el porvenir.

Nuestra comarca, por obstáculos del terreno, de la climatología y poca eficiencia productiva, no se presta a una agricultura que exceda en la producción, normalmente, a las exigencias del consumo. La superproducción que alguna vez resulta, no importa sino casos de excepción; y si la superproducción existe ordinariamente en algunas localidades, ella se limita a la caña de azúcar, en su mayor parte destinada a la elaboración de alcoholes: industria que en sí misma lleva el castigo, sobre todo por hallarse comprobada y vigilada por el Estado, que monopoliza las bebidas alcohólicas, no para restringir el expendio, sino para incrementarlo. En este departamento de la economía pública, no imitamos, ni de lejos, a los Estados Unidos, que han suprimido, por primera vez en la historia, la venta de toda clase de licores, para imponer la sanidad física y moral de la nación.

No por esto, se interprete nuestra opinión en el sentido de que debemos descuidar la industria matriz y nutricia de la agricultura, que hemos de mejorarla también, en amplia satisfacción de nuestros consumos, para reservas aplicables en los casos fortuitos de pérdidas y malas cosechas y aun para aumentar y crear cultivos con destino a la exportación, por lo menos a otras provincias. A este propósito, franca la vialidad, la industria frutera puede cobrar gran desarrollo y beneficio, sobre todo con el establecimiento de maquinarias para frutas en conserva. Es el momento de mejorar las plantaciones y seleccionar

la producción, reduciéndola a series y mejorándola científicamente. Colocados en el centro de la tierra, los productos nuestros pueden competir quizás con los de otros países, sobre todo cuando el invierno del norte que coincide con nuestro verano, nos dé oportunidad de llevar las frutas de esta zona, por ello privilegiada, a los mercados septentrionales. (1)

Pero nuestro progreso se vincula a la industria fabril. El enorme acervo de hulla blanca que proporcionan torrenteras, cascadas y ríos en toda esta región, y los yacimientos de carbón e hidrocarburos, indicando están la preparación originaria del país para las manufacturas.

Ya hemos recordado que en todos estos campos, en la época colonial, los incipientes telares campesinos proporcionaban el lienzo que iba hasta el Virreinato del Perú; y en las fincas, organizado se hallaba el obraje. Nuestras abuelas, quizás nuestras madres, en la casa ciudadana o en la hacienda rústica, dirigían las pequeñas industrias domésticas del tejido, de la rueca, de los tapices, del encaje. Espectáculo hermoso el de esas industrias en que la mujer principalmente trabajaba para vestirse, mediante el esfuerzo y el ingenio propios, compitiendo en destreza y en la hermosura de la indumentaria.

En el segundo tercio del siglo anterior, nuestro recordado civilizador doctor Malo, en sociedad con el benemérito industrial de Guayaquil don Mariano Martínez, estableció en esta ciudad una fábrica de telas de algodón, que excedió quizás a las necesidades de la comarca. A la muerte del noble empresario doctor Malo, la fábrica, una de las más grandes de la República, se paralizó, venida ya a menos por la ruina de los algodonales de la provincia. (2)

Este pueblo ha tendido siempre a industrializarse, no sólo por natural inclinación, sino por la importancia muy relativa de la agricultura, sobre todo atenta la extrema división y parcelación del territorio, que en esta forma, no remunera los esfuerzos y gastos del trabajador y del terrateniente. Desde remota fecha, los progresistas ciudadanos don Bartolomé Serrano y don Miguel Heredia y Astudillo iniciaron y extendieron rápidamente la industria casera de tejido de sombreros de paja, llamados de *toquilla*, en simpática forma de barbarismo

[1]—Véase mi estudio *Geografía agrícola del antiguo Azuay*.

[2]—No ha mucho, funciona en Cuenca la "Textil Azuaya" igualmente que otra pequeña instalación de hilados de los Hermanos Martínez Borrero.

idiomático. Esta pequeña y multiplicada industria se ha generalizado en todas las clases sociales, desde las señoritas de tocador hasta los indios de las extremidades del territorio.

También los mismos indios y los desocupados de la agricultura y de los oficios se encaminan hacia los lejanos placeres donde se lavan las arenillas de oro: industria de los pobres, sobre todo en los años de escasez, de crisis o de sequía, para saldar el presupuesto doméstico, casi nunca en equilibrio.

Honroso ejemplo de los pobladores de la comarca, que buscan trabajo en todas las formas de él, invaden la costa insalubre, en calidad de braceros, se acomodan a la dura faena bajo las galerías de las minas; y antes, en más de medio siglo, recorrieron las montañas extrayendo toneladas de cascarrilla.

Con esta energía y sacrificio de nuestros trabajadores, se ha formado lo poco o mediano de nuestro adelanto material. A ellos debemos los capitales que se han cristalizado aquí, por desgracia no siempre en bien del factor más importante de la producción. No podíamos ser excepción en las desigualdades y sorpresas de la distribución de la riqueza, que tantas veces se rezuma en los bajos fondos de la usura y de la explotación inmisericorde.

Programa de la hora, ¿cuál ha de ser? Ante todo, el del filósofo alemán Rodolfo Lukon—el impulsor del activismo, del movimiento perpetuo de hacer y producir, del propósito y la realidad del trabajo remunerador, obligatorio para todo individuo según la táctica de la acción, tal como la predica William James.

Pero nó una actividad inconsciente ni atropellada, sino regular y sistemática que perfeccione al trabajador, a fin de mejorar y refinar el producto, llegando a su tipo, a lo que hoy se llama la standardización.

Y, en este punto, se tropieza con el hábito ancestral, que habrá de modificarse. Obsérvese lo acontecido con el sombrero de paja. Los consumidores justamente, exigen el modelo, la mejora de la obra, la labor técnica y estética. Nuestros trabajadores, esclavos de la rutina, se resignan a la baja de los precios y al rechazo de la mercadería, renuentes a modificar el procedimiento y a perfeccionar en lo posible la mano de obra. Qué el remate, qué el ajuste, qué la figura carecen de las condiciones con que otros obreros abren competencia. Y sin embargo, la industria no se modifica; y si ello no sucede, si no se conforma con las evoluciones de la moda y los matices y detalles de la estética, ni se perfecciona la factura, resultará que

habremos de retroceder y que al fin no tendremos sitio en los mercados. Entraremos a ellos con mercadería anticuada o indeseable: el desastre final.

¿No es posible que los intermediarios de este negocio popular funden escuela de reforma y den el ordenamiento que los cambios modales determinan?

La indumentaria constituye capítulo de arte bella, y no es dable prescindir de los artistas de la moda, que no los tenemos, sino en el exterior; a fin de ampliar y perfeccionar la industria de los tejidos de paja, atemperándola a las múltiples exigencias de la comodidad y del buen gusto.

Señores traficantes en esta industria, ¿no es verdad que, en parte, va ella a menos, por los motivos expuestos de falta de uniformidad y de presentación de la manufactura?

Y en cuanto a su colocación en los mercados, cuánta vacilación y deficiencia. Estas comienzan en el consumo interior. Despreciamos el artefacto nacional, por nuestra condición de inferioridad mental y moral, que rechaza lo doméstico por lo extraño, sacrificando la economía nacional a consideraciones y gustos sin raigambre lógica ni finalidad patriótica. Para burla del sombrero, ya estamos en camino de no usarlo. Del Fascio Italiano hemos de imitar la pérdida del sombrero, que para nuestra misera industria importa pérdida de la cabeza.

Otra flojedad e imprevisión, las de no sindicalizar esta industria, a fin de regularizar el precio, uniformar el producto y agenciar la venta en los países consumidores, sin competencia que se traduzca en ruina de todos, para no llegar a la locura de perder el capital, matar la manufactura y quedar a discreción del acaso.

¿Qué hemos de limitarnos a lo que hoy tenemos? De ninguna manera. El progreso camina casi como la corriente eléctrica, y no hemos de rezagarnos en una sola manera de obrar y producir. El monismo económico reduce a los pueblos, en breve plazo, a la esclavitud de procurarse la mayor parte de los objetos indispensables, a costa del haber fundamental, que debe constituir siempre la reserva de un pueblo, el respaldo de su porvenir. Hay tantos y varios sectores de producción inéditos, sobre todo en estos países nuevos de fecundidad, de extensión, quizás únicos por tales y otras condiciones. La timidez del capital y la deficiencia en número y preparación de los obreros explican la poca iniciativa para utilizar las fuentes de riqueza ignoradas o estériles por causa de abandono e inercia

de pobladores, que contando con el maravilloso contingente de la naturaleza y un enorme acervo territorial, prefieren la inopia vergonsoza y la codicia del bien ajeno, a la noble y libre actividad, que resuelve por sí sola los problemas de la vida privada y pública.

Salutación de la Universidad

La sinceridad de este discurso os trae el pensamiento leal de la Universidad de Cuenca, a cuyo frente me encuentro hoy, sin merecerlo; y en nombre de aquélla, en modesta cátedra de extensión universitaria, os he traído la voz de aplauso, el toque de marcha y un breve programa de acción, con el propósito de insinuar rectificaciones de campaña, a fin de que vosotros, que conocéis mejor que yo el terreno de vuestra labor, dirijáis la acción popular en los cauces del trabajo metódico, honrado y eficiente. Qué, en vuestra ciudad, en vuestro pueblo, en que ocupáis posición ejemplar, sepáis mantener el régimen de disciplina, de solidaridad, de virtud, que os guarden, en las adversidades de la convivencia social, y logréis constantemente la realidad de una vida honrada y feliz, en vuestro bien, en el de los que os rodean y en el de vuestros hermanos, tal como lo previno ingenuamente el gran poeta francés: deber primordial vivir y hacer la ventura de los nuestros, de nuestra ciudad y de nuestra nación.

REMIGIO CRESPO TORAL.